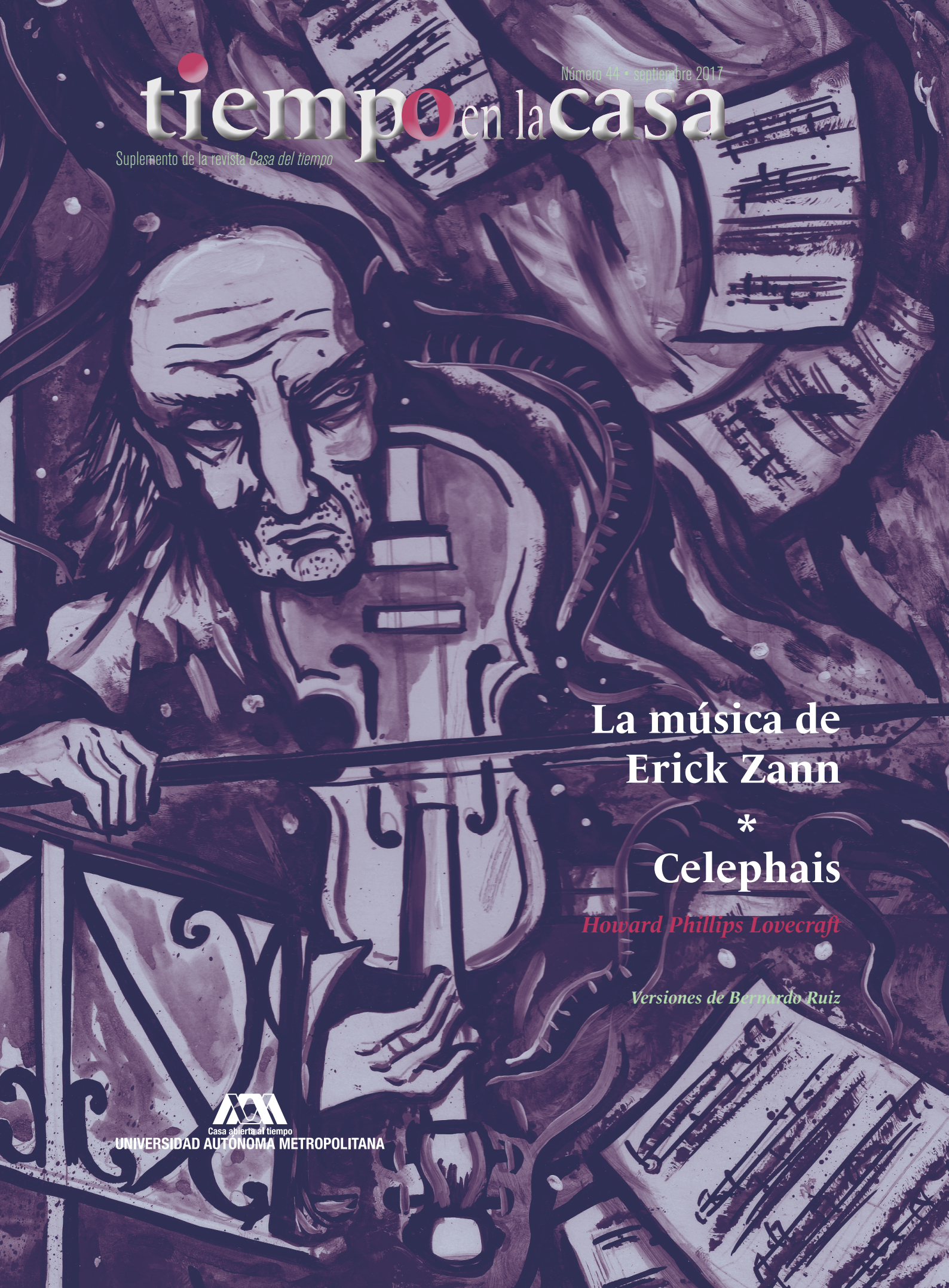
Número 44 • septiembre 2017

tiempo en la casa

Suplemento de la revista *Casa del tiempo*



La música de Erick Zann

*

Celephais

Howard Phillips Lovecraft

Versiones de Bernardo Ruiz

Casa abierta al tiempo
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA METROPOLITANA

Howard Phillips Lovecraft (Rhode Island, 1890 - *ídem*., 1937). Uno de los autores más influyentes del siglo xx. Lovecraft desarrolló una mitología propia dentro del género del terror. Sus obras se hallan marcadas por el pesimismo y el cinismo, y suelen dividirse en tres periodos: La época de las *Historias macabras* (1905-1920), el *Ciclo del Sueño* (1920-1927), y los *Mitos de Cthulhu* (1925-1935)

Ilustraciones de portada e interiores:
Beatrix G. de Velasco

Rector General: Eduardo Abel Peñalosa Castro. **Secretario General:** José Antonio de los Reyes Heredia. **Unidad Azcapotzalco Rector: Secretaria:** Norma Rondero López. **Unidad Cuajimalpa Rector:** Rodolfo René Suárez Molnar. **Secretario:** Álvaro Julio Peláez Cedrés. **Unidad Iztapalapa Rector:** José Octavio Nateras Domínguez. **Secretario:** Miguel Ángel Gómez Fonseca. **Unidad Lerma Rector:** Emilio Sordo Zabay. **Secretario:** Darío Guaycochea Guglielmi. **Unidad Xochimilco Rectora:** Patricia Emilia Alfaro Moctezuma. **Secretario:** Guillermo Joaquín Jiménez Mercado.

***Tiempo en la casa*, número 44, septiembre de 2017, suplemento de *Casa del tiempo*,**
Revista mensual de la **UNIVERSIDAD AUTÓNOMA METROPOLITANA**
Director: Lucino Gutiérrez Herrera. **Subdirector:** Bernardo Ruiz. **Comité editorial:** Laura Elisa León, Vida Valero, Rosaura Grether, Erasmo Sáenz (†), María Teresa de la Selva, Gabriela Contreras y Mario Mandujano. **Coordinación y redacción:** Alejandro Arteaga, Jesús Francisco Conde de Arriaga. **Jefe de diseño:** Francisco López López. **Diseño gráfico y formación:** Ma de Lourdes Pérez Granados.

La música de Erick Zann

*

Celephais

Howard Phillips Lovecraft

Versiones de Bernardo Ruiz

La música de Erick Zann (1921)

¿Por qué esta búsqueda infernal a través de los cielos de la ciudad? La música de las estrellas escuchada por el protagonista de Lovecraft la producen seres innominables; sin embargo, su curiosidad lo impulsa a tratar de penetrar en esa dimensión vertiginosa donde sólo la demencia acompaña a la atmósfera de pesadilla.

*No obstante, como en algunos lienzos de Clovis, la sensación de pertenencia a una realidad funesta puede ser la clave para atisbar hacia otros mundos. Desde su nombre, la rue d'Auseil denota una ubicación precisa (*au sommeil*?, "¿en el sueño?", o bien la imagen auditiva que se traduciría "bajo el suelo") y el río, ese río muerto, que produce el olvido, pareciera más bien una imagen del Leteo.*

Si nuestro guía admitiera que ha pervertido el orden del mundo, tal vez no le angustiara tanto la invitación para penetrar en esas visiones que se alcanzaban a vislumbrar desde el altillo del ático del asombroso músico mudo, cuyo secreto bosqueja el anverso de las leyendas de Kadath o de la Atlántida, urbes que nos antecedieron o presentimos eternas en la nostalgia inconsciente de un mundo distinto que también nos perteneció.

Bernardo Ruiz

He examinado rigurosamente los planos de la ciudad pero nunca he vuelto a encontrar la rue d'Auseil. No sólo revisé planos modernos, sé que los nombres cambian; al contrario, he explorado personalmente cada zona con cualquier nombre que pudiera responder al de cada uno de los antiguos mapas del lugar. A pesar de todos mis esfuerzos, fue para mí humillante no encontrar la casa, la calle o, siquiera, la localidad donde, durante los últimos meses de mi improvisada vida de estudiante de metafísica en la universidad, oí la música de Erick Zann.

No me asombra el vacío en mi memoria; porque mientras viví en la rue d'Auseil estuvieron gravemente alteradas mi salud física y mental. Y recuerdo que ninguno de mis pocos conocidos me visitó. Ahora todo me parece tan singular como desconcertante, porque la calle quedaba apenas a media hora de camino de la universidad y se distinguía por particularidades difícilmente olvidables para quien haya estado ahí. Nunca he conocido a nadie que hubiera visto la rue d'Auseil.

La rue d'Auseil yace a lo largo de un río oscuro al que bordean escarpados almacenes de ladrillo con sucias ventanas. Lo cruza un pesado puente de piedras sombrías. A lo largo del río hay bruma siempre, como si el humo de las fábricas ocultara el sol perpetuamente. De una fetidez malsana era el hedor del río; con un olor que no he vuelto jamás a percibir. Cuando lo huela de nuevo, reconoceré el olor. Así, podré encontrar el río. Más allá del puente había estrechas calles bardeadas y empedradas con rieles; entonces, comenzaba el ascenso, gradual en un principio, increíblemente empinado conforme se llegaba a la rue d'Auseil.

Jamás he visto otra calle tan estrecha e inclinada como la rue d'Auseil. Era casi un acantilado, cerrada al paso de cualquier vehículo y con varios tramos de escaleras que conducían hasta una blanca y alta barda. El embaldosado era irregular, a veces con losetas, a veces con guijarros, otras con un terraplén cubierto de una vegetación de un verde-gris, muy resistente. Las casas eran altas, terminadas en techos de dos aguas, increíblemente viejas, inclinadas, alucinantes, hacia atrás, hacia el frente y hacia los lados. A veces, dos casas opuestas, ambas demencialmente inclinadas hacia adelante, casi encontrándose a través de la calle como un arco, que ciertamente ocultaban al camino, de este modo, gran parte de la luz. Había sobre la calle pocos de estos puentes de casa a casa.

En especial, me impresionaron sus habitantes. Pensé al principio que era a causa de su común silencio y reticencia. Decidí después que se debía a que todos ellos eran muy viejos. No sé cómo llegué a vivir en semejante calle, mas no era el mismo cuando me cambié ahí. Había vivido en muchos lugares pobres, lanzado siempre por falta de dinero; hasta que, por último, encontré esa casa tambaleante en la rue d'Auseil cuidada por el paralítico Blandot. Era la tercera casa desde el extremo de la calle y, por cierto, la más alta.

Quedaba mi cuarto en el quinto piso; era el único habitado en toda la planta, porque el resto del caserón estaba casi vacío. La noche en que llegué, oí sobre mi cabeza la extraña música de la buhardilla. Al día siguiente pregunté acerca de ella

al viejo Blandot. Me dijo que un anciano mudo, un extraño músico alemán, que firmaba su nombre como Erick Zann, tocaba su viola todas las noches en una orquesta de teatro de segunda. Y agregó que Zann gustaba de tocar para sí, a su regreso del teatro, cada noche. Para esto, escogió el alto y aislado cuarto de la buhardilla con la solitaria ventana del altillo —único punto desde donde se podían ver, por encima de la barda al final, la pendiente y el paisaje lejanos—.

Después, cada noche, mientras me mantenía despierto, oía a Zann seducirme con la maravilla de su música. Aunque sé poco del arte, estaba seguro de que ninguna de sus armonías guardaba relación con música alguna que hubiera escuchado yo antes. Y concluí que era un compositor original de alto genio. Conforme lo oía, más aumentaba mi fascinación. Una semana después, decidí conocer al viejo.

Intercepté a Zann una noche, cuando regresaba de su trabajo; le dije que me gustaría conocerlo y estar con él cuando tocara. Zann era pequeño, jorobado, torvo, grotesco, de ojos azules, desaliñado, bastante calvo y con cara de sátiro. Con mis primeras palabras se mostró asustado y molesto. Sin embargo, mi obvia cordialidad terminó por convencerlo; gruñendo me invitó a seguirlo hacia las oscuras y crujientes escaleras del desván. Su cuarto, uno de los dos que formaban el ático, daba al oeste y miraba por encima de la alta barda del más elevado extremo de la calle. De considerable tamaño, se veía mayor por su extraordinaria sobriedad y descuido. Los muebles eran sólo un estrecho camastro de acero, un opaco lavamanos, una pequeña mesa, un amplio estante, un atril de acero y tres sillas viejas. En el suelo se apilaban desordenadas partituras. Estaban inclinadas las paredes, probablemente nunca conocieron el yeso, y las telarañas y el polvo hacían ver más desierta y desolada la habitación. Era evidente que el mundo de belleza de Erick Zann quedaba en un cosmos lejano de la imaginación.

Con un gesto, me invitó a tomar asiento; el mudo cerró la puerta, giró el pestillo de madera y encendió un candelero que puso junto a él. Sacó su viola de la apolillada cubierta; tomándola, se sentó en una silla menos incómoda. Sin escoger, sin partitura, de memoria, me cautivó una hora con sus nunca escuchados acordes: temas de su propia inspiración.

Es imposible, para quien conoce poco de música, describir su exacta naturaleza. Eran una especie de fuga, con pasajes recurrentes de la más seductora calidad; no obstante, alcancé a notar la ausencia de cualquiera de las notas maravillosas que oí sobre mi cabeza, en otras ocasiones, desde el cuarto de abajo.

Esas cautivadoras notas que recordaba y que con frecuencia silbé y murmuré, incansable, para mí. Por eso, cuando el músico dejó caer, al fin, su arco, le pregunté si podría repetir algunas de ellas. Conforme se lo pedí, la arrugada cara del sátiro perdió la tediosa placidez que tuvo mientras tocaba y pareció recuperar la misma curiosa sensación de enojo y miedo que noté en él cuando lo asedié por vez primera. Preferí usar un momento la persuasión, notando sus evidentes manías seniles; traté aún de despertar la maravillosa sensibilidad de mi huésped silbando algunos acordes

que le oí la noche anterior. Me detuve con rapidez, porque, al reconocer el aire que silbaba, la expresión del músico mudo se había distorsionado en una expresión más allá de cualquier análisis, y su larga, vieja, huesuda mano derecha pedía silencio, con un gesto que callaba mi torpe imitación. Más excéntrico todavía, miró asustado la solitaria ventana cubierta por cortinas, como temeroso de la proximidad de algún intruso —mirada doblemente absurda, porque el ático era más alto e inaccesible que cualquiera de los tejados vecinos; y la ventana, conforme explicó el conserje, era el único punto de la empinada calle desde donde se podía ver por encima de la barda final—.

La mirada del viejo me recordó la aclaración de Blandot; y, con algo de envidia, ansié mirar sobre el vacío el panorama vertiginoso de tejados de pizarra y las luces de la ciudad que se extendían más allá del extremo de la colina; que, entre todos los habitantes de la rue d'Auseil, sólo este músico enojón podía contemplar.

Cuando fui hasta la ventana, y quise abrir las indescriptibles cortinas, mi mudo huésped, asustado como nunca, se abalanzó sobre mí. Rabioso de nuevo, señalaba la puerta con su cabeza, mientras trataba de alejarme de ahí con ambas manos. Entonces, molesto por completo contra el anciano, le ordené que me soltara y le dije que me gustaría salir de ahí inmediatamente. Su coraje pareció disminuir al verme tenso y ofendido. Esta vez, amistoso, me agarró para sentarme en la silla; pensativo, fue hasta la iluminada mesa donde, a lápiz, con su trabajosa caligrafía francesa de extranjero, escribió muchas palabras.

La nota que me entregó finalmente era un llamado a la tolerancia y al olvido. Decía Zann que él era viejo, solitario, un hombre afligido por extraños miedos y desórdenes nerviosos en relación con su música y con otras cosas. Le satisfacía mi atención hacia su arte y deseaba que volviera a oírlo y perdonara sus excentricidades. Mas él no podía tocar para otro sus armonías maravillosas, y no era capaz de tolerar que otro las escuchara por las noches. Él quisiera, escribió, cubrir la diferencia de la renta.

Conforme descifraba el execrable francés, me sentí más clemente con el viejo. Él era víctima de un sufrimiento físico y nervioso, como yo; y mis estudios de metafísica me habían enseñado a ser benévolo.

En el silencio, se escuchó un leve sonido en la ventana —el ruido pudo producirlo el viento nocturno—. Por alguna razón, me sobresalté casi tanto como Erick Zann. Cuando terminé de leer, estreché la mano de mi huésped y me despedí como un amigo.

Al día siguiente, Blandot me condujo a un cuarto más caro, en el tercer piso. Quedaba entre los apartamentos de un viejo prestamista y el de un respetable tapicero. No vivía nadie en el cuarto piso.

No pasó mucho tiempo sin que me diera cuenta de que el anhelo de Zann por mi compañía no era tan grande como me pareció cuando fui convencido de mi mudanza al tercer piso. No me pidió que lo llamara, y cuando lo buscaba, se veía displicente y tocaba mal —siempre de noche—, porque acostumbraba dormir durante el día sin tratar con nadie.

Mi afición por él no aumentó, sino por el cuarto del ático y la maravillosa música que parecía cobrar una rara fascinación en mí. Tenía un extraño deseo de mirar por la ventana por encima de la barda, bajo la desconocida pendiente, para contemplar los brillantes tejados y cúpulas que debían extenderse por ahí. Una vez, durante las horas de teatro, estuve en la buhardilla. Zann había salido. La puerta estaba cerrada.

En lo único que tuve éxito fue en escuchar los conciertos nocturnos del viejo mudo. Al principio me deslizaba hasta mi antiguo piso. Cuando mi audacia aumentó, subí hasta el último escalón crujiente del inclinado altillo. Ahí, en el corredor estrecho, fuera de la clausurada puerta y del tapado ojo de la cerradura, escuché con frecuencia sonidos que me llenaron de un miedo indescriptible —el miedo de una vaga maravilla y un escondido misterio—.

No es que fueran sonidos espantosos, no lo eran; pero tenían vibraciones sugerentes de algo ajeno al orbe de este mundo; y, por momentos, tomaban una cualidad sinfónica difícil de concebir como producto de un solo instrumentista. Ciertamente, Erick Zann era un genio del poder salvaje.

Conforme pasaron las semanas, el sonido aumentaba en su fuerza silvestre, mientras el viejo músico trasnochaba con mayor frecuencia y huía de cualquier mirada. Ahora se negaba a admitirme y cuando nos encontrábamos en la escalera, me evitaba siempre.

Entonces, una noche en que escuchaba tras la puerta, oí el grito de la viola hundiéndose caótica en una babélica marejada de sonidos; un pandemonio que me hubiera llevado a pensar en el resquebrajamiento de mi salud mental, si no hubiera venido de aquella puerta cerrada una piadosa prueba de que el horror era real: el espantoso grito inarticulado que sólo un mudo puede emitir y que nace, únicamente, en los instantes de mayor angustia o del temor más terrible.

Varias veces toqué a la puerta, nadie respondió. Luego, esperé, en el negro corredor, temblando de miedo y frío, hasta que oí el esfuerzo tambaleante del pobre músico que trataba de levantarse del piso con la ayuda de una silla. Lo creí recién recuperado de un benigno desmayo; renové mi golpeteo; a la vez, grité mi nombre para tranquilizarlo. Oí a Zann tropezar con la ventana, la cerró y aseguró; vacilante, vino hasta la puerta y dudó largo rato en admitirme.

Lo hizo por fin con lentitud. Esta vez, su alegría por mi visita fue real; su distorsionado rostro resplandeció con alivio, mientras se colgaba de mi abrigo como un niño que se aferra a las faldas de su madre.

Me saludó patético; me obligó a sentar en una silla mientras él se hundía en otra. Juntos, yacían olvidados en el piso su viola y su arco. Permaneció inactivo un momento, con un cabeceo extraño que sugería, paradójicamente, una atención asustada e intensa. Más tarde, pareció satisfecho y, acercando la silla a la mesa, escribió una breve nota, que leí; me la pidió y regresó a ella, donde comenzó a escribir con rapidez incesante. En la nota me pedía, en nombre de la misericordia, y por el bien

de mi propia curiosidad, que esperara mientras él escribía una completa relación, en alemán, de todas las maravillas y temores que lo acechaban.

Esperé. El lápiz del mudo volaba.

Fue una hora más tarde, posiblemente, mientras aún aguardaba; en tanto el viejo músico, febril, escribía hojas que se amontonaban. Entonces vi a Zann sobresaltarse como sugestionado por un terrible golpe. Miraba, sin duda, las cortinas de la ventana; oyó estremeciéndose. Casi desmayado, escuché también el sonido; mas no era una horrible vibración, sino una baja, exquisita e infinitamente lejana melodía interpretada por algún músico de las casas vecinas, o en una mansión más allá de la alta barda, sobre la que nunca había podido ver.

El efecto en Zann fue tremendo; dejó caer su lápiz, se levantó veloz, tomó su viola y comenzó a desgarrar la noche con la más salvaje música que le hubiera escuchado, excepto cuando lo oía tras la puerta cerrada.

Sería inútil describir el concierto de Zann durante aquella aterradora noche. Era más horrible que cualquier cosa conocida, porque puedo ver aún la expresión de su rostro y darme cuenta de que, esta vez, la causa era un pánico incontenible. Zann trataba de hacer un ruido, evitar algo, o alejar algo —qué, no puedo imaginarlo, mas siento que pudo ser horroroso—.

Fantástica, creció la interpretación histérica y delirante, llevada hasta las últimas cualidades del supremo genio que, sé, este hombre poseía. Reconocí la tonada —era una salvaje danza popular húngara— que se tocaba en los teatros, y reflexioné por un momento que era ésta la primera vez que oía a Zann tocar algo de otro compositor.

Fuerte, más fuerte; salvajes, más salvajes, crecían los quejidos y alaridos de la desesperada viola. El músico sudaba con una transpiración pavorosa, y se agitaba como un mono, mirando siempre frenético las cortinas. En el delirio de sus acordes, casi alcancé a ver sátiros sombríos y bacantes danzando y revoloteando, demenciales, a través de hirvientes abismos de humo, nubes y luces. Y, entonces, pensé que oía un chillido: una melodía constante, ajena a la viola, de un tranquilo, deliberado y burlón acento llegado de muy lejos, de allá, del oeste.

En ese instante, el postigo comenzó a sonar con el aullido del viento nocturno que se levantó afuera como una respuesta a la música alucinada. El chillido de la viola de Zann se extendió aislado, con sonidos que jamás imaginé pudiera emitir ese instrumento. El postigo crujió con mayor fuerza, se aflojó para azotar la ventana, tembló el cristal hasta quebrarse por los continuos impactos. Y el viento helado se precipitó en la habitación, hizo parpadear las velas y crujir las hojas de papel donde el viejo había comenzado a escribir su horrible secreto. Miré a Zann y vi que estaba fuera de sí. Sus azules ojos estaban en blanco, vidriosos, sin vista. La frenética interpretación se había vuelto una ciega, mecánica e irreconocible orgía que ninguna pluma puede sugerir.

Una repentina ráfaga, más fuerte que las otras, levantó el manuscrito lanzándolo hacia la ventana. Desesperado, perseguí las páginas que volaban, pero desaparecieron antes que llegara hasta los cristales rotos. Recordé entonces mi antiguo deseo de

mirar por ella, la única ventana de la rue d'Auseil, desde donde se podían contemplar la pendiente, más allá de la barda, y la ciudad extendida a lo lejos. Estaba muy oscuro, pero las luces de la ciudad brillaban siempre, y ansié verlas entre la lluvia y el viento.

Así, mientras en la ventana del ático más alto parpadearon las velas y la demente viola aullaba con el nocturno viento, no vi ciudad alguna extenderse sobre la tierra, ni luces amigas brillar en las calles conocidas; sólo contemplé la negrura del espacio ilimitado; espacio que nunca imaginé musical, móvil, viviente; a nada parecido en la tierra. Y estuve ahí aterrorizado, contemplando ante mí el pandemonio y el caos; y, mientras, el viento sopló en el viejo ático inclinado y extinguió la luz de ambas velas; me hundí en una salvaje e impenetrable oscuridad; y, atrás de mí, aullaba el demonio de la locura de esa nocturna viola.

Me tambaleé en la oscuridad, no tenía forma de encender una luz; choqué con la mesa, empujé una silla y, finalmente, di en mi camino con el sitio donde la oscuridad aullaba con violenta música. Traté de salvar a Zann y a mí de los poderes que se nos oponían. Sentí por un momento cómo me rozaba alguna cosa rara, grité; pero mi grito no se escuchó sobre el de la viola horrenda. De pronto, desde la penumbra, el loco movimiento del arco me golpeó; supe que estaba cerca del músico. Supe a Zann frente a mí, toqué el respaldo de su silla y, al fin, hallé y golpeé su espalda en un esfuerzo por hacerle recobrar el sentido.

No respondió, sin detenerse, la viola bramaba todavía. Moví mi mano hasta su cabeza, la balanceaba mecánicamente hasta que la detuve para gritarle al oído que era necesario huir de las cosas desconocidas de la noche. Pero él ni contestó ni detuvo el frenesí de su música inefable —mientras por todo el ático extrañas corrientes de aire parecían danzar, tumultuosas, en la oscuridad—. No sé por qué, temblé cuando mi mano tocó su oído —ignoro cómo llegué a sentir incluso la inmovilidad de su rostro—: su cara estaba yerta, helada, rígida; los ojos caídos.

Por algún milagro, encontré la puerta y el largo pestillo de madera. Me sumergí, salvajemente, fuera de esa cosa con ojos vidriosos en la oscuridad. El vampiresco bramido de esa viola execrable incrementó su furia mientras me alejaba. Salté, resbalé, me precipitaba hacia abajo de la interminable escalera. A través de la negra casa, corrí demente hacia al exterior, rumbo a la estrecha, inclinada y vieja calle de escalones y casas tambaleantes. Bajé con estrépito las escalera y losetas hacia las calles más bajas y el pútrido desfiladero del río. Jadeaba al cruzar el gran puente oscuro que lleva a las anchas y amistosas calles y bulevares conocidos.

Todas estas son horribles impresiones que moran en mí. Y recuerdo: no había viento, lucía la luna, centellaban las luces en toda la ciudad.

A pesar de la minuciosa investigación y búsqueda, jamás he podido encontrar, de nuevo, la rue d'Auseil. Mas no estoy del todo triste, ni por esto ni por la pérdida en los abismos, lejos de todo sueño, de los herméticos manuscritos que pudieran explicar —sólo ellos— la música de Erick Zann.

Celephais (1920)

La tradición latina enseña que una de las principales puertas del sueño es de marfil. Desde su juventud, Lovecraf *quiso atravesar ese umbral que desemboca en espacios y visiones que le interesaban más que los de la cotidianidad. La cartografía inicial de esta experiencia es Celephais.*

Bernardo Ruiz

En un sueño, Kuranes vio la ciudad en el valle y, más allá, en la costa, el mar y la nevada cumbre que contemplaba el océano; y las galeras pintadas de alegres colores que salían del puerto, hacia lejanas regiones donde el cielo y el mar se encuentran.

También en un sueño se hizo llamar Kuranes (otro era su nombre en la vigilia). Posiblemente le era fácil soñar un nombre nuevo porque era el último de su familia, y vivía solo entre los indiferentes millones de londinenses. Pocos recordaban quién era. Su dinero y sus tierras estaban perdidos. Kuranes prefirió soñar y escribir acerca de sus sueños. Quienes leyeron sus escritos se burlaron de él; por eso, los guardó. Y, finalmente, dejó de escribir. Conforme se alejaba del mundo, sus sueños se volvían más grandiosos —sería inútil tratar de describirlos—. Kuranes no era moderno, no pensaba como otros escritores. Mientras éstos se esforzaban por alejar de su vida los entretejidos ropajes del mito y mostrar en su fealdad desnuda la cosa idiota que es la realidad, Kuranes sólo contemplaba la belleza. Cuando verdad y experiencia la ocultaban, él la admiraba en la ilusión y la fantasía. Y encontró la belleza en su verdadero umbral, en las nebulosas memorias de los cuentos y sueños de su niñez.

No todos conocen qué maravillas se abren en las historias y visiones de su infancia. Cuando niños, soñamos y escuchamos, razonamos, pero con pensamientos a medias conformados. Y tratamos de recordar en la madurez, cuando ya somos lerdos y prosaicos con la poción de la vida. Sin embargo, algunos de nosotros despertamos, por la noche, con la visión de extrañas fantasmagorías de colinas y jardines encantados; de fuentes que cantan bajo el sol; de dorados riscos que se elevan sobre el murmullo de los mares; de llanuras que se extienden hasta dormidas ciudades de bronce y piedra; y del sombrío acompañamiento de héroes armados que cabalgan sobre caballos blancos, a lo largo de los límites de espesos bosques —y conocemos, entonces, que hemos visto a través de las puertas de marfil dentro de ese mundo maravilloso que fue nuestro, antes de convertirnos en sabios e infelices—.

Con frecuencia, Kuranes regresaba al viejo mundo de su infancia. Había soñado con la casa donde nació; la gran casa de piedra, cubierta de hiedra, donde vivieron trece generaciones de sus ancestros, y donde él hubiera querido morir. Había luz de luna; se sumergió en la fragante noche de verano, paseó por los jardines, bajó por las terrazas, atravesó los olmos grandiosos del parque y anduvo hasta el poblado por la inmensa avenida blanca. La villa parecía muy vieja. Desaparecía al final como la luna —que comenzaba a desvanecerse—. Y Kuranes se preguntó si los picos de los tejados colgaban muertos o dormidos. En las calles crecía largo el pasto y los cristales de las ventanas estaban rotos o firmemente clavados sus postigos. Kuranes no se había detenido, pero caminaba con dificultad, como si lo llamaran hacia una meta. No se atrevió a desobedecer el llamado porque temía comprobar que todo era una ilusión, como las aspiraciones e impulsos de la vigilia que a nada conducen. Bajó, entonces, por una callejuela que conducía a las afueras del poblado hasta llegar a los acantilados del canal, fin de las cosas —abismo y precipicio donde la ciudad y el mundo se precipitaban abruptos dentro del infinito

vacío sin ecos; y donde aun el alto cielo estaba solo, apagado sin la poniente luna, sin las observantes estrellas—.

La certeza lo impulsó al precipicio y al golfo, donde flotó hacia abajo, abajo, hacia lo bajo; tras la oscuridad, aparecieron sin contorno sueños no soñados, esferas fantasiosas y luminiscentes que podían haber sido, en parte, soñados sueños y aladas cosas risueñas que parecían burlarse de los soñadores de todos los mundos.

Entonces, ante él, una grieta pareció abrirse en la oscuridad y, lejana, vio la ciudad del valle resplandecer radiante, lejana, abajo, lejos, con el cielo y el mar al fondo, en el horizonte; y, cercana a la costa, una montaña cubierta por eternas nieves.

En el momento preciso en que contemplaba la ciudad, Kuranes despertó. Dedujo, por su breve visión, que la ciudad no era otra que Celephais, en el valle de Ooth-Nargai, más allá de las colinas de Tanaria, donde habitó su espíritu en la absoluta eternidad de una hora, un atardecer de verano, mucho tiempo atrás, cuando escapó de su niñera y dejó que la tibia brisa marina lo arrullara mientras se dormía contemplando las nubes del acantilado cercano a la villa. Se quejó aquella vez cuando lo encontraron, porque lo despertaron y llevaron a casa. Ya que, precisamente cuando lo levantaron, estaba a punto de zarpar en un galeón dorado hacia las seductoras regiones donde el mar se encuentra con el cielo.

Ahora, al despertar, él estaba tan molesto como entonces, porque había encontrado, después de cuarenta fatigosos años, su fabulosa ciudad.

Pero tres noches después, Kuranes regresó a Celephais. Como antes, soñó primero con el poblado muerto o dormido, y con el silencioso abismo en que se flota durante la caída; de nuevo apareció la grieta, contempló los relucientes minaretes de la urbe, y vio en el azul puerto las gráciles galeras anclar y navegar; en monte Aran miró el balanceo de los árboles de yinko empujados por la brisa del mar. Mas esta vez nadie lo molestó. Y, como un ser alado, descendió suavemente sobre la hierba de la colina, hasta que sus pies descansaron en el césped. Regresó realmente al valle de Ooth-Nargai y a la ciudad espléndida de Celephais.

Kuranes bajó hasta el burbujeante río Naraxa entre pastos perfumados y flores brillantes; atravesó el puente de madera, donde había grabado su nombre numerosos años atrás, y la arboleda murmurante, y llegó hasta el inmenso puente de piedra cercano a las puertas de la ciudad.

Todo estaba como antes, ni las murallas de mármol se habían decolorado, ni las pulidas estatuas de bronce estaban empañadas. Y Kuranes vio que no debía temer que las cosas que conoció hubieran desaparecido; hasta los corredores sobre los bastiones eran los mismos, idénticos, y los recordaba aún como habían sido en su infancia.

Cuando entró en la ciudad, tras las puertas de bronce, por las avenidas de ónix, los mercaderes y camelleros lo saludaron como si jamás hubiera partido; fue igual el trato que le dieron en el templo de turquesa de Nath Horthath, donde la sacerdotisa coronada con orquídeas le dijo que no hay tiempo en Ooth-Nargai, sólo juventud eterna.

Entonces Kuranes caminó por la calle de los Pilares hasta la muralla que da al mar. Contempló a los mercaderes y marinos, y a extraños hombres de las regiones donde el mar encontraba al cielo. Ahí permaneció largo tiempo, iluminado por un sol desconocido que fulguraba sobre el resplandor del puerto, donde centellaban las crestas de las olas y donde, luminosos, los galeones venidos de sitios lejanos se deslizaban sobre las aguas. Y también contempló el Monte Aran levantándose regio sobre la costa. En sus más bajas simas verdecían los árboles que se balanceaban, y su blanca cumbre tocaba el cielo.

Más que nunca, Kuranes quiso navegar en una galera hacia sitios distantes. Había oído numerosos y extraños relatos. Y halló de nuevo al capitán que había querido —hacía mucho— llevarlo con él. Encontró al hombre, Athib, sentado en la misma silla de mimbre donde estuvo antes sentado. Athib pareció no darse cuenta de que hubiera transcurrido el tiempo. Así, ambos remaron hasta una galera fondeada en el puerto, dieron órdenes a los remeros y salieron de la bahía. Se adentraron en el ondulado mar de Cerenarian que conduce al cielo. Se deslizaron, durante algunos días, sobre las onduladas aguas hasta llegar al horizonte, donde el mar se encuentra con el cielo. No se detuvo el navío; flotó con facilidad en el azul cielo entre aborregadas nubes de color de rosa. Desde la quilla, Kuranes vio a lo lejos tierras extrañas y riveras y ciudades de sorprendente belleza, diseminadas indolentes bajo la luz solar que parecía no faltar o desaparecer jamás. Luego, Athib le comentó que su viaje estaba próximo a su fin. Y que pronto entrarían al puerto de Serannian, la rosada ciudad de mármol en las nubes —construida en esa etérea costa donde el viento oeste flota en los cielos—. Pero conforme se acercaban a la más alta torre esculpida de la ciudad, y la admiraban, un sonido resonó en alguna parte del cielo. Y Kuranes despertó en su buhardilla, en Londres.

Meses después de que Kuranes viera en vano la maravillosa Celephais y sus galeones que atravesaban los cielos; y mientras sus sueños lo llevaban a cuantiosos lugares incontados y magníficos; jamás pudo conocer quién le dijera cómo encontrar a Ooth-Nargai, más allá de las colinas de Thanarian.

Una noche voló sobre oscuras montañas donde había solitarias y desvanecidas hogueras, muy alejadas entre sí; y raros rebaños hirsutos cuyos jefes tintineaban campanas; y en la más selvática región de este país de colinas —tan remoto que pocos hombres han oído de él— encontró una aterradora muralla o calzada antiquísima, de piedras zigzagueantes a lo largo de valles y laderas —tan grandes que ninguna mano humana hubiera podido jamás erigirla; y de una longitud tal que nunca se alcanzaba a ver su fin—.

Más allá de aquel muro, llegó en la gris alba a una tierra de jardines y cerezos. Y cuando el sol se levantó, contempló una belleza tal de blancas y rojas flores, verde follaje y verdes prados, blancos senderos, arroyos diamantinos, azules lagos, puentes esculpidos y pagodas de rojos techos, que por un momento olvidó a Celephais entre aquella consumada delicia.

Pero la recordó de nuevo cuando descendió por un blanco sendero hasta una pagoda de rojo techo y quiso preguntar a la gente de aquella tierra por Celephais; mas no encontró allí gente, sólo pájaros, abejas y mariposas.

Otra noche subió una húmeda escalera espiral de interminable roca. Y llegó al ventanal de una torre, desde donde se veía una pradera enorme y un río. Los iluminaba la luz de la luna. Y en la silenciosa ciudad que se extendía más allá de la otra margen del río, pensó que contemplaba un conjunto o imagen anteriormente conocido. Quiso descender y continuar el camino hacia Ooth-Nargai. No lo hizo. Una medrosa aurora surgida de algún lugar remoto, más allá del horizonte, mostró la ruina y antigüedad de la ciudad, y el paralizado río rojizo, y la muerte ciñéndose sobre aquella tierra —como se había ceñido desde que el rey Kynaratholis regresó a ella de sus conquistas, únicamente para encontrar la venganza de los dioses—.

Así buscó Kuranes infructuosamente la ciudad de Celephais y sus galeras que navegan en el cielo hacia Serannian. Mientras, vio muchas maravillas. Una vez, apenas pudo escapar del Sumo Sacerdote Indescriptible, el que usa la sedosa máscara amarilla sobre el rostro, y habita solitario en el prehistórico monasterio de roca en la fría y desértica llanura de Leng.

Creció tanto su impaciencia durante los turbios intervalos diurnos, que para incrementar sus periodos de sueño comenzó a consumir drogas. El hashish lo ayudó bastante. Lo envió una vez a un lugar del espacio donde no hay formas; donde relucientes gases estudian los secretos de la existencia. Un gas violáceo le comentó que esa parte del espacio se halla fuera de lo que Kuranes llamaba infinito. El gas no había escuchado antes acerca de planetas u organismos, pero identificó a Kuranes como uno del infinito donde existen materia, energía y gravitación.

Ahora, Kuranes estaba ansioso por regresar a Celephais, la abundante en minaretes, y aumentó sus dosis de droga. Finalmente, no tuvo más dinero para comprar narcóticos. Así, un día de verano, en el que había salido de su buhardilla y vagaba sin rumbo por las calles, llegó a un puente y luego a un sitio donde disminuía y disminuía el número de casas. Y fue ahí donde vino la saturación. Y encontró al cortejo de caballeros venidos de Celephais para llevarlo allá para siempre.

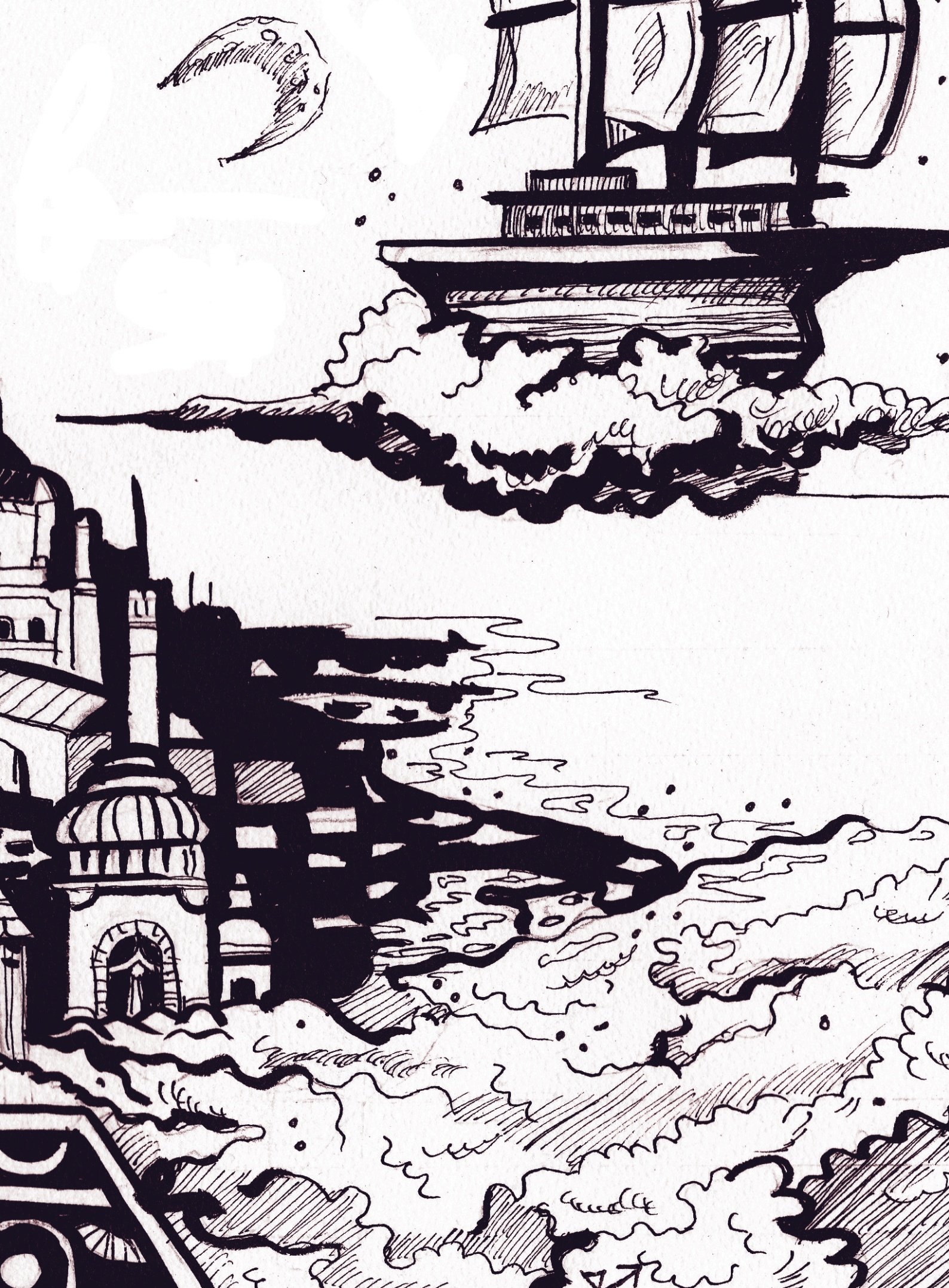
Eran hermosos caballeros, rosados caballos cabalgaban. Hacían ruido sus armaduras relucientes, cortas, cubiertas con extraños emblemas de los dioses. Kuranes creyó era un ejército, así eran de numerosos los enviados en su honor.

Desde que creó Ooth-Nargai en sus sueños, fue requerido para ser el dios supremo, para siempre. Dieron entonces a Kuranes un caballo y lo pusieron al frente de la caballería. Desfilaron majestuosos hacia los ocasos de Surrey, y más allá, hacia las regiones donde Kuranes y sus ancestros habían nacido. Era muy extraño pero, según avanzaban, los jinetes parecían galopar hacia atrás en el tiempo. A su paso, bajo la luz del crepúsculo, veían solamente algunas casas y poblados como habían sido contemplados por Chaucer y hombres anteriores. Y vieron algunas veces caballeros en sus monturas acompañados por peones. Cuando la oscuridad aumentó,

viajaron con mayor rapidez, hasta que pronto volaban pavorosos, como si fueran por el aire. En la húmeda alborada, llegaron a la ciudad que Kuranes vio viva en su niñez y muerta o dominada en sus sueños. Vivía ahora. Y mañaneros villanos los aclamaban conforme pasaban, calle abajo, los caballeros. Hasta que entraron en el callejón que desemboca al abismo de los sueños. Kuranes sólo había entrado una noche en ese abismo. Lo maravilló su semejanza con el día.

Observó con ansia la columna conforme se aproximaban al vacío. En tanto ascendían el precipicio un resplandor dorado venido del Oeste cubrió la campiña con su brillo. El abismo era un hirviente caos de rosados y bullentes esplendores. Y voces invisibles aclamaban a la caballería, mientras el séquito se sumergía en el vacío, flotando, grácil en su descenso entre nubes relucientes y reflejos plateados.

Descendieron, sin fin en su caída, las monturas hollaban el éter como si corrieran sobre arenas de oro. Entonces los vapores luminosos se abrieron para revelar un resplandor inmenso: el brillo de Celephais, la ciudad, y más allá la costa y la nevada cumbre que contemplaba el océano y las galeras pintadas con alegres colores que zarpaban del puerto rumbo a lejanas regiones donde el mar encuentra al cielo.

Y Kuranes reinó desde entonces sobre Ooth-Nargai, y las regiones cercanas al sueño. Con su corte habitaba un tiempo en Celephais y otro en la magnificente Serannian, en las nubes. Reina aún y reinará feliz por siempre.

Mientras tanto, al pie de los acantilados de Innsmouth, la marea del canal jugaba burlona con el cuerpo de un vagabundo que erró a través del poblado semidesierto al alba. Jugaba burlonamente estrellándolo contra las rocas cubiertas de hiedra de Trevor Towers, donde un notable y especialmente ofensivo hombre gordo, un cervecero millonario, gozaba la comprada atmósfera de la nobleza extinta.